

de la opinion con que venís aquí respecto de nosotros dos. «Persuadidós, dice, de que un responsable puede ser deudor, examináis sus cuentas; y solo despues de encontrarlas justificadas, es cuando lo declaráis libre de responsabilidad: del mismo modo, no atendais en esta causa nada más que á la evidencia de las pruebas.»

Ved cómo, por un justo castigo, las obras de la iniquidad se destruyen por si mismas. En esta diestra comparacion confiesa que me reconocéis por el orador de la pátria, y á él por el orador de Filipo. Si él ignorase cuál es vuestro pensamiento sobre cada uno de nosotros, no se esforzaria en cambiarlo; pretension injusta, como lo probaré fácilmente, con la sola esposicion de los hechos. Vosotros sereis á la vez mis testigos y mis jueces.

Hé aquí los frutos que ha producido esa política por él tan calumniada. Los tebanos, segun la opinion general, iban á caer sobre nuestro pais con Filipo: yo los uní á nosotros para detenerle. La guerra se acercaba á nuestro territorio: yo la retiré á setecientos estadios sobre los campos de la Beocia. En vez de sufrir el Atica, por la parte del mar, las correrías y el pillaje de los piratas de la Eubea, gozó de paz durante todas las hostilidades. En vez de invadir el Helesponto y apoderarse de Bizancio, Filipo tuvo dos enemigos, uno por cada lado, que fueron los bizantinos y los atenienses. Ahora bien, Esquines, esta enumeracion, ¿tendrá á tu vista tan poca fuerza como algunas cifras combinadas? ¿Será necesario eliminar los hechos por compensación? (1) ¿No será mejor esforzarse para perpetuar su memoria? No añado que los demas pueblos experimentaron la crueldad de Filipo, siempre terrible desde que aseguró su dominacion, mientras que vosotros recogisteis los preciosos frutos de aquella aparente benigni-

(1) Es decir, compensar lo que tú has hecho contra la pátria, con lo que yo he hecho por ella. Así interpreta esto Jacobo. (*Stievenari.*)

dad con que encubría sus designios sobre la Grecia. Pero sin detenerme en esto, pasaré á decir resueltamente que cualquiera que no fuese un vil delator y si el juez imparcial de un acusado, no se atrevería á dirigirme los cargos que tú me has dirigido; no forjaria falsas comparaciones, ni remedaría espresiones ni gestos. ¿Dependia, acaso, la salud de la Grecia de una palabra más bien que de otra, ó de una mano mas ó menos levantada? Lo que haria es mirar la esencia de las cosas; examinar cuáles eran las fuerzas y los recursos de la República cuando me hice cargo de los negocios, los que yo le proporcioné y la situacion de los enemigos. ¿Disminuí nuestro poder? Se ocuparia en descubrir y revelar mis faltas. ¿Lo aumenté, por el contrario? No pensaria en calumniarme. Este exámen que tú has omitido voy á hacerlo yo. Ved, atenienses, si digo la verdad.

La República tenia entonces en su favor algunos Estados insulares, de los más pequeños, puesto que Chios, Rodas, Corinto y Corcira no estaban con nosotros. Las rentas públicas ascendian á cuarenta y cinco talentos, y aun se habian cobrado adelantadas. Infantería pesada y caballería no habia más que las de Atenas; y lo más temible para nosotros y más ventajoso para el enemigo, era que los traidores que intrigaban en su favor habian enfriado la amistad y despertado el odio de nuestros vecinos de Megara, de Tebas y de la Eubea. Tal era nuestra situacion, nadie puede decir lo contrario. En cuanto á Filipo, con el cual teníamos que combatir, examinad sus fuerzas. Desde luego era el soberano absoluto de las tropas que le seguian, lo que dá en la guerra una ventaja inmensa; sus soldados tenian siempre las armas en la mano; disponía de todo el oro que necesitaba; todo lo que decidia era ejecutado sin divulgarlo en decretos ni en deliberaciones públicas, sin ser arrastrado ante los tribunales por la calumnia, ni acusado de infringir las leyes, ni so-



metido á ninguna responsabilidad; jefe, en fin, de cuanto le rodaba, potentado, árbitro supremo de todo. Yo, que tenía de frente este enemigo (permitid, ciudadanos, que haga este paralelo) ¿de qué podía disponer? De nada. La palabra, único medio que estaba á mi alcance, la dividisteis entre yo y los estipendiados de Filipo, sin conocer que cada vez que triunfaban, gracias á los pretestos más frivolos, era el enemigo quien inspiraba vuestras resoluciones. Apesar de estas ventajas, agrupado en torno nuestro la Eubea, la Achaia, Corinto, Tebas, Megara, Léucade y Corcira; coalicion que os proporcionó quince mil infantes y dos mil soldados de caballería, sin contar las milicias ciudadanas. En cuanto á los subsidios, hice que fuesen lo mayores posibles.

Si hablas del contingente que debian presentar Tebas, Bizancio y la Eubea; si disputas sobre la desigualdad de las reparticiones, acreditas ignorar que de las trescientas naves que combatieron otras veces por la Grecia, nuestra República sola habia armado doscientas. ¿Se creyó por esto perjudicada? ¿Se acusó á los autores de este consejo? ¿Se irritó nadie contra ellos? ¡No! Semejante cosa habria sido una deshonra. Dió gracias á los Dioses, porque en el comun peligro le permitieron contribuir con el doble que los demas, para asegurar la independenciam de todos. Por otra parte, nadie debe envidiarte el mérito que contraes con los atenienses al calumniarme. ¿Por qué no has dicho hasta ahora lo que era necesario hacer? ¿Por qué, siendo habitante de Atenas y frecuentando las asambleas públicas, no lo propusistes en tiempo oportuno, cuando podias esperar que tu opinion fuese admitida, puesto que entonces nos veíamos obligados á aceptar, no lo mejor, sino lo que daban las circunstancias? Porque tenias que servir, con tu silencio, á un enemigo de tu patria que te pagaba, y que abría los brazos á los pueblos que se apartaban de nosotros.

Se ataca hoy lo que hice en aquella época; pero ¿qué se haria si, valiéndome de cálculos que desalentasen, hubiese alejado de nosotros á los griegos, lanzándolos en el parti lo de Filipo, que habria sido dueño, á un mismo tiempo, de la Eubea, de Tebas y de Bizancio? ¿Qué no habrian hecho esos hombres para los cuales nada hay sagrado? ¿Qué no habrian dicho? «¡Traicion! Se ha rechazado á los que querian unirse á nosotros. Con Bizancio, Filipo es dueño del Helesponto y dispone soberanamente de las comunicaciones por donde vienen los trigos á la Grecia; con los tebanos hará pasar, sin obstáculo, desde nuestras fronteras al corazon del Atica, una guerra sangrienta; y los piratas salidos de la Eubea infestarán el mar, haciendo la navegacion impracticable.» Hé aquí lo que habrian dicho; ¿pero cuántas otras cosas no habrian añadido? ¿Qué monstruo, oh atenienses, qué monstruo puede haber mayor que el sicofanta! ¡En todo tiempo, en todo lugar, se muestra envidioso y acusador por instinto! ¡Tal es ese raposo de faz humana, nacido para la perfidia y la bajeza, ese mono de teatro, ese Ænomaüs de aldea, ese orador falsario! (1) ¿De qué ha servido tu elocuencia á la patria? ¡Acabas de hablarnos del pasado! En tí creo ver un médico que al visitar á sus enfermos no indicase ningun remedio para curarlos, y que despues de muertos asistiera á los funerales y los siguiera hasta la sepultura diciendo: «Si este hombre hubiese adoptado tal régimen, no habria perdido la

---

(1) La Harpe intercala aquí un breve pasaje que Stievenart coloca más adelante. Es el siguiente: «Por lo que hace á mi elocuencia (y la llamo así porque Esquines se ha servido de esta palabra) he visto siempre que su poder depende en gran parte de la disposicion de los que escuchan, y que el orador parece tanto más hábil cuanto mayor es la benevolencia que le atestiguis. Por lo ménos, la elocuencia que me atribuye ha sido útil á todos, en todo tiempo, y nunca perjudicial á nadie. Pero la tuya, ¿de qué ha servido á la patria?»



existencia.» ¡Insensato! ¡Tal es hoy tu tardío lenguaje!

En cuanto á nuestra derrota, que te sirve de regocijo, ¡hombre execrable! y que debería hacerte gemir y llorar, vosotros reconocereis, atenienses, que en nada absolutamente he contribuido á ella. Escuchad mis palabras. En donde quiera que he estado como embajador de la República, ¿han conseguido los enviados de Filipo alguna ventaja sobre vosotros? No, en ninguna parte; ni en Tesalia, ni en Ambracia, ni en la Iliria, ni ante los reyes Traces, ni en Bizancio, ni en Tebas. Pero lo que yo hacia con la palabra, Filipo lo destruía con la fuerza. ¡Y sin embargo, te encaras conmigo! ¡Y sin embargo, no te avergüenzas de acusarme! ¿Querías que este mismo Demóstenes, á quien has calificado de débil y cobarde, tuviese más poder que las armas de Filipo? ¿Y con qué medios? ¿Con la palabra? Porque es evidente que yo solo contaba con mi palabra; no disponia de la vida ni de la fortuna de nadie, ni de las operaciones militares, ni de la suerte de los combates, ni de nada, en fin, de cuanto tú me haces responsable. ¿Pero qué podía y qué debía hacer el orador de Atenas? Descubrir el mal en su origen y hacerlo ver á sus conciudadanos; prevenir, en lo posible, las dilaciones, los falsos pretextos, las oposiciones indirectas, las faltas y los obstáculos de todo género, demasiado frecuentes entre Repúblicas aliadas y envidiosas; oponer á estas dificultades la amistad, la concordia y el celo por el bien público; esto fué cabalmente lo que hice y nadie puede acusarme de lo contrario. Si se me pregunta cómo entonces pudo Filipo conseguir la victoria, la Grecia entera responderá por mí. Por sus armas que lo invadieron todo, y por su oro que todo lo corrompió. No estaba á mi alcance el combatir contra tales medios: yo no tenia tesoros ni soldados. Pero en cuanto dependia de mis fuerzas, me atreveré á asegurar que he vencido siempre á Filipo. ¿Sabeis cómo? Rechazando sus dádivas y resistiendo á sus ofrecimientos seduc-

tores. Cuando un hombre se deja comprar, el comprador puede decir que ha triunfado de él; pero el que permanece incorruptible, puede decir que ha triunfado del corruptor. Por consiguiente, en cuanto ha dependido de Demóstenes, Atenas quedó invencible y victoriosa. (1)

Tales son, entre otros muchos, los motivos que legitiman el decreto de Ctesifonte. Lo que ahora voy á añadir, es conocido de todos.

Inmediatamente despues de la batalla, no me habría sorprendido que el Pueblo, aún sabiendo todo lo que había hecho por él, desconociese mis servicios al verse amenazado de un gran peligro. Pero, muy lejos de ser así, cuando se deliberó sobre los medios de salvar la ciudad, fueron mis consejos los que se aprobaron. Todo lo que concernia á la defensa de Atenas, distribucion de guardias, atrincheramientos, contribuciones para reparar los muros, todo fué ordenado por mis decretos. Teniendo el Pueblo que elegir un intendente para los víveres, me dió la preferencia sobre todos los demás. No tardaron en unirse contra mí esos hombres empeñados en perjudicarme: me acusaron de ilegalidad, de malversacion y de traicion, no por sí mismos, sino por medio de subalternos pagados, detrás de los cuales creian ocultarse. Vosotros recordareis que, en los primeros tiempos, yo era acusado casi todos los dias. La locura de Sosicles, las calumnias de Filócrates, la rabia de Diondas y de Melanto, todo se ensayó contra mí. De tantos peligros, gracias á los Dioses, á vosotros y á todos los demás atenienses, salí vencedor. Así lo ordenaba la justicia, puesto que yo tenia el

(1) Dice La Harpe despues de citar este trozo: «¿No es esto la obra maestra de la argumentacion oratoria? ¿No creéis escuchar las aclamaciones que debieron seguir á estas palabras? ¿Y no concebís que nada debió resistirse á un génio de tanta fuerza?.... Pero los medios de este género, solo se encuentran en el alma: el arte solo puede disponerlos y ordenarlos.»



apoyo de la verdad, y unos jueces cuya sentencia no desmintió su juramento. Pero absolverme del cargo de traición, sin que obtuviesen mis acusadores la quinta parte de los sufragios, fué declarar mi conducta irreprochable; no encontrar fundada la acusacion que se me hizo de ilegalidad, fué atestiguar el respeto que mis palabras y mis proposiciones guardaron siempre á la ley; aprobar mis cuentas, fué reconocerme íntegro é incorruptible. Y despues de conocidos vuestros fallos, ¿en qué términos era conveniente y justo que Ctesifonte hablase de mi conducta? ¿Podía espresarse de otro modo que el Pueblo, de otro modo que los jueces ligados por un juramento y que la verdad proclamada por la voz pública?

Pero á esto responde Esquines que la gloria de Céfalo consiste en no haber sido acusado nunca. ¡Oh! di más bien su buena suerte. El que habiendo sufrido muchas acusaciones jamás se ha encontrado culpable, ¿será por eso más criminal? Por otra parte, ciudadanos de Atenas, refiriéndome solo á mi adversario, puedo atribuirme la gloria de Céfalo; nunca me ha acusado ni perseguido hasta ahora; por consiguiente, Esquines, tú mismo confiesas que soy tan buen ciudadano como Céfalo.

En muchos puntos resaltan su maldad y su rastrera envidia, y más especialmente que en todos en sus declamaciones sobre la fortuna. Creo que, en general, el hombre no puede echar en cara al hombre su destino. ¿Quién se atreverá á jactarse de su dicha y á insultar la desgracia ajena, si el que es afortunado hoy no sabe si lo será mañana? Sobre este asunto, como sobre otros muchos, Esquines se espresa con una soberbia desdeñosa: ved, atenienses, cuánto más humano y verdadero es mi lenguaje.

Yo creo que nuestra República tiene un destino afortunado: Júpiter en Dodona y Apolo en Delfos nos lo han dicho por medio de sus oráculos. Pero la suerte que ahora pesa sobre todos los pueblos es triste y penosa. ¿Cuál es el

griego ó el bárbaro de nuestro tiempo que no ha experimentado los golpes de la desgracia? Sin embargo, haber adoptado el partido más honroso y verse en una situación más favorable que la de esos mismos helenos que esperaban su dicha de nuestra ruina, son cosas en las cuales reconozco la buena estrella de Atenas. Si hemos corrido riesgos, y si todo no ha sucedido conforme á nuestros deseos, es porque participamos de la suerte de los demás hombres; porque teníamos que pagar nuestro contingente en el comun infortunio. Por lo que hace á mi suerte particular y á la de cualquiera de vosotros, debe buscarse en lo que se refiere únicamente á nuestra persona. Tal es, segun creo, el camino más corto y espedito. Esquines afirma que mi suerte somete á su influencia la suerte del Estado; es decir, que mi destino humilde y oscuro prevalece sobre el alto y glorioso destino de la pátria. ¿Es esto posible?

¿Te empeñas, Esquines, en examinar mi suerte? Pues compárala con la tuya; y si la encuentras preferible, no vuelvas á menospreciarla. Remontémonos á nuestro origen; pero antes quiero protestar, ¡por Júpiter y por todos los inmortales! que repugna á mi razon y á mi carácter lo que voy á decir. Reconozco que no es digno ni generoso salpicar de lodo la cara del pobre, ni vanagloriarse de haber nacido en el seno de la opulencia. Si los insultos y las calumnias de ese malvado me obligan á semejantes discursos, conservaré al ménos en ellos toda la moderacion que el asunto permita.

Cuando era niño tuve la fortuna de frecuentar las mejores escuelas, y de poseer bastantes recursos para que nada me obligase á envilecerme. Ya hombre, mi conducta correspondió á mi educacion: fui corega y trierarca; contribuí á los gastos de Atenas; jamás eludí la ocasion de ejercer un acto de liberalidad público ó privado, y serví á la pátria y á mis amigos. Dedicado á los asuntos del go-



bierno, mereció mi administracion que se me decretasen muchas coronas, por la República y por la Grecia, sin que vosotros, mis enemigos, intentáseis oponeros. Tal ha sido mi suerte y mi vida. Podría añadir muchas cosas, pero las suprimo por no fatigar á nadie con mis propias alabanzas.

Y tú, personaje ilustre, que anonadas á los demas con tu desprecio, ¿qué destino has tenido? Criado en la miseria, serviste primero con tu padre casa de un maestro de escuela. Allí hacías la tinta, barrias la clase, y con la esponja en la mano lavabas los bancos, servicios todos de esclavo y no de muchacho libre. En tu juventud ayudabas á tu madre en sus operaciones mágicas, leyendo el libro de los misterios mientras ella los esplicaba. Por la noche cubrias con una piel de cervato á los afortunados adeptos; los rociabas con vino, y para purificarlos los frotabas con salvado y con cieno; despues de la ceremonia les mandabas decir: *He dejado el mal y he encontrado el bien*. Hacías gala de aullar mejor que nadie, cosa que no te niego, porque con una voz tan fuerte se debe sobresalir en el estrépito de los aullidos. Durante el dia conducias por las calles una brillante tropa de visionarios, coronados con tallos de hinojo y de álamo, y empuñando unas culebras y agitándolas sobre tu cabeza gritabas *¡Evoe Saboe!* ó bien bailabas cantando al mismo tiempo *¡Hyes Attes!* *¡Attes Hyes!* (1)

Saludado por algunas viejas burlonas con los títulos de príncipe, de general, de porta-yedras y de porta-cribas, y con otros nombres magníficos, cobrabas tus honorarios en empanadas, tortas y panes recién cocidos. ¿Quién pues, no ensalzará tu buena suerte? ¿Quién no envidiará tu estrella? Apenas te inscribiste en una tribu..... (no diré cómo, es mejor olvidarlo) escogiste la ocupacion más honrosa, haciéndote copista y sirviente de los magistrados

(1) Se ignora el significado exacto de estas palabras.

más subalternos. Abandonaste tambien este oficio despues de haber hecho en él todo lo que atribuyes á los demas. Este brillante principio no fué oscurecido por el resto de tu vida, pues entrastes á la dependencia de histriones famosos, tales como los Simylos y los Sócrates, llamados los *Suspiradores*. Desempeñabas los terceros papeles y merodeabas por los campos recogiendo higos, uvas y aceitunas, como si hubieses comprado la recoleccion. En estas expediciones recibiste más golpes aún que en la escena, donde tus camaradas y tú esponiais vuestra vida. (1) Nunca hubo tregua para vosotros, los espectadores os hacian una guerra implacable. Tantas gloriosas heridas, bien te han dado el derecho de acusar de cobardía á los que no han conocido esos peligros.

Pero pasemos adelante, puesto que estos vicios se pueden atribuir á la indigencia, y lleguemos á los crímenes cuyo origen está en tu corazon. Desde que empezastes á representar tambien el papel de hombre de Estado, tu conducta política fué tal que, en las prosperidades de la pátria, has pasado la vida como una liebre, siempre trémulo, muerto de miedo, y esperando á todas heras el suplicio debido á las traiciones de que te acusaba tu conciencia; y cuando tus compatriotas sufrían el peso del infortunio, te mostrabas atrevido, desafiando todas las miradas. Pero el que prospera y goza con la muerte de mil ciudadanos, ¿qué castigo no merece de parte de los que sobreviven? Aquí voy á detenerme, aunque tenía mucho que añadir todavía. Lejos de presentar al acaso todas tus ignominias, me ocuparé solo de aquellas que no mancharán mis lábios.

Compara, pues, Esquines, tu vida á la mia, armándote de calma y moderacion, y pregunta despues á todos los

(1) En las poblaciones del campo, los espectadores solían apedrear á los cómicos para anunciarles su desagrado.



ciudadanos cuál les parece preferible. Tú enseñabas las primeras letras, y yo tenía maestros; tú servias para explicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos; tú eras bailarín, yo corega; tú escribiente, yo orador; tú histrion subalterno, yo espectador; tú caías en la escena, yo silvaba. Cuando eras gobernante, tú favorecias á los enemigos y yo trabajaba por la pátria; y para abreviar el paralelo, hoy mismo, que quieres disputarme una corona, somos juzgados yo irreprochable y tú calumniador. Ya lo ves, Esquines, esta brillante fortuna, compañera de tu vida, te permite acusar mi miserable suerte! Voy á presentar todos los documentos que atestiguan los cargos públicos que he desempeñado. En venganza, léenos aquellas tiradas de versos, tan maltratados por tí, que empiezan:

«De la eterna noche abandono los abismos» (1)

ó bien así:

«Sabed que, á pesar mio, anuncio los desastres,»

ó de este modo:

«¡Maldicion sobre tí, malvado!....»

¡Que los Dioses, que nuestros jueces te esterminen, infame, pérfido ciudadano, cómico de la legua.—Léanse los testimonios.—(*Lectura de los testimonios indicados por el orador.*)

Hé aquí, pues, lo que fui para mi pátria. En las relaciones privadas, cuán dulce, cuán humano, cuán caritativo ha sido mi carácter; no añadiré ni una sola palabra en

---

(1) En la Ecuba de Eurípides, la sombra de Polydoro entra en escena pronunciando este verso.—(*Stievenart.*)

mi abono, ni presentaré ninguna declaracion de testigos para probaros los cautivos que he rescatado, las huérfanas que he dotado, y las demas acciones de esta indole que he verificado. Porque, yo opino, que un favor debe estar siempre presente á la memoria del que lo recibe, y quedar prontamente olvidado en la memoria del que lo hace, si el uno quiere ser agradecido y el otro generoso. Publicar los beneficios que se dispensan, es casi echarlos en cara, y yo jamás desco hacer una cosa semejante. Cualesquiera que sea la opinion que de mí se forme sobre este particular, descanso tranquilo en mi conciencia.

Pero dejemos los asuntos personales para hablaros todavía algunos momentos sobre los asuntos públicos. Si puedes, Esquines, mostrar bajo el cielo un solo mortal, heleno ó bárbaro, á quien no haya alcanzado, para su daño, el poder de Filipo ó de Alejandro, te concedo que mi adversa fortuna ha ocasionado todos los males de la Grecia.

Pero si millares de hombres que jamás me han visto ni oído, si ciudades y naciones enteras han experimentado tantas desgracias horribles, ¿cuánto más justo y más verdadero no será atribuir las á un destino comun, al desbordamiento de una suerte funesta y desordenada? ¡Buen cuidado has tenido de suprimir esto! ¡Fundas tambien tu acusacion en que yo había tomado parte en el gobierno! Y no ignoras, sin embargo, que tus invectivas se dirigen, á lo ménos en parte, contra todos los atenienses y principalmente contra tí mismo. Si mi voluntad hubiese dirigido, por sí sola, los asuntos, podrias en union de todos los oradores levantarte contra mí. Pero si mis enemigos asistian á todas las asambleas; si los intereses del Estado eran sometidos á deliberaciones públicas; si mis proyectos fueron aprobados por todos, y particularmente por tí, que me cedias las esperanzas, la gloria y los honores como recompensa de mi conducta, no por afecto que me profesas-